

sa é intereses muy importantes pudieran verse comprometidos. El capitán despertóse sobresaltado al oír la voz de «hombre al agua», y se lanzó al puente, como ya he dicho, se dió cuenta de la situación y dispuso las maniobras necesarias para que fuese salvado. Cuando estuvieron terminadas, tuvo que pensar en otros cuidados: se dirigió á mi padre y le mandó que fuese á recibir sus órdenes á su cámara.

Mi padre se negó á obedecer. Se sabe lo demás.

El castigo de poner las esposas se usa muy pocas veces con los pasajeros de un buque mercante; pero, á decir verdad, también ocurre muy pocas veces que se arroje en ellos al mar al cocinero. El castigo es tan excepcional como el delito. Por eso sin duda tuvo un éxito inesperado: mi padre se calmó como por encanto. Pero mi madre lanzó mucho tiempo después furiosas miradas al capitán. Yo me bajé á mi camarote, para mudarme de ropa, porque la tenía completamente mojada desde que me ví empeñada á la fuerza en la empresa de recoger al pobre cocinero.

## V

El bote del *Sócrates* se vació, fué izado sobre el puente y sujeto á sus aparejos después de haber sufrido las reparaciones indispensables. Me instalé en él y le transformé de nuevo en despacho, con la esperanza de que, al menos durante algunas horas, no volvería á caer al agua ningún cocinero.

Mi padre continuaba con las esposas puestas, y mi madre acariciaba en su interior proyectos de venganza. El jefe de la cocina entró en su departamento para secarse y ocuparse de nuestra subsistencia. Puso todo su cuidado y nos dió una buena comida, que hacía pasar por delante del prisionero, condenado á no tomar más que pan y agua. Cuando éste volviese á ocupar su sitio en la mesa, la guerra empezaría de nuevo, era de esperar, y volveríamos á encontrar cucarachas en la sopa. Pero por el momento yo aproveché aquella tregua tan bienhechora para mi estómago.

En el momento en que iba á permitirme en

el capítulo anterior algunas observaciones sobre el carácter de mi padre, surgió bruscamente el incidente del cocinero. Creo inútil ya insistir en ellas. El señor Lelievre se ha dado á conocer por sí mismo y ha tenido el cuidado de manifestarse tan á las claras como pudiera desearse.

Sería justo, sin embargo, puesto que he hablado de esa falta por él cometida, tratar de encontrar circunstancias atenuantes y si su conducta anterior no estaría á su favor. Es preciso haber sufrido vicisitudes, haberse agriado su carácter al contacto de los demás hombres, haber atravesado muchas tempestades para llegar hasta tirar al mar á un hombre. De ellas me han hablado, y son las siguientes:

Cuando mi padre hacía la corte á mi madre en su casa de Boa-Vista, en Pernambuco, y más tarde, durante la luna de miel, se olvidó de tal modo de sus negocios comerciales, que experimentó grandes dificultades cuando quiso atenderlos: la mayor parte de sus alhajas se habían hecho antiguas, y muchos contrincantes suyos en los mismos artículos, que habían llegado de Francia, habían llenado la plaza de tal modo, que durante mucho tiempo se vio imposibilitado de competir con ellos. Además, la famosa pacotilla de mi padre había dismi-

nuído mucho: por su condición de brasileña, mi madre llevaba al fanatismo el culto á las alhajas, y mi padre, que le gustó siempre echárselas de príncipe, no titubeó en abrirla sus cofres para que eligiese á su placer. Y no sólo cogía para sí, sino para sus amigas, sus parientas y vecinas, con lo cual los cofres se fueron quedando vacíos poco á poco.

Era preciso, sin embargo, vivir; el recién casado poseía, por toda fortuna, la reducida pacotilla, y su compañera la casita de Boa-Vista con su jardinillo, en el que había plantados tres cocoteros. Tenían alojamiento, es cierto, pero eso sólo no era suficiente. ¿Qué hacer en país extraño, sin dinero, sin mercancías y sin crédito? Vendieron á bajo precio las últimas chucherías que se habían librado de las generosidades de mi madre, y partimos para Francia.

Sí, partimos, he dicho bien, porque yo había venido al mundo durante la quiebra de mi familia.

A los seis meses hice mi primer viaje trasatlántico y no di más que un grito, pero que duró toda la travesía. Esta conducta poco delicada debió agriar el carácter de mi padre, condenado á vivir con mi madre y conmigo en un camarote de un metro y setenta y cinco

centímetros de largo y de un metro veinticinco centímetros de ancho.

En el Havre, mi padre en vez de encontrar socios capitalistas que le procurasen una nueva pacotilla, halló acreedores deseosos de recobrar los anticipos que le habían hecho cuando marchó al Brasil. Por eso nos trasladamos prudentemente á París, donde más tarde me fueron confiados estos detalles.

Después de muchas peregrinaciones en busca de un destino y de largas vicisitudes, mi padre acabó por encontrar (no carecía de actividad ni de inteligencia) una posición casi desahogada. Pero mi madre, después de su matrimonio, había perdido sus ilusiones. Antes, al ver montones de alhajas en manos de su pretendiente, se había imaginado haberse casado con un Nabab. Después había sido preciso bajar sus pretensiones, y sufría tanto más enérgicamente su mala fortuna, cuanto que no tenía, como mi padre, esos movimientos nerviosos, esas manifestaciones exteriores, esas rebeldías ruidosas contra el destino, esos encolerizamientos sanguíneos que tienen los corazones ulcerados. Ella guardaba dentro de sí sus decepciones, todo el acompañamiento de sus sombríos pensamientos; encubría su mal humor, su fastidio, su despecho, sus celos,

la envidia que la consumía sordamente. Mi padre, para vengarse de los privilegiados de la fortuna y de los dichosos, les amenazaba con el puño, gritando: «¡Ah, miserables!» Mi madre, por el contrario, cuando se veía salpicada de barro por el coche de alguna mujer cubierta de terciopelos y de blondas, pero que no la igualaba á ella en belleza, no se permitía reflexión ninguna. Contentábase con ponerse pálida y sufrir cruelmente.

Esos celos, esa envidia, que no salían nunca de ella, alteraron su salud. Creyó que padecía de nostalgia por la ausencia de su país, y trató de volverse al Brasil. Su marido se apoderó de aquella idea (le gustaba muchísimo el variar) y después de haber vendido los últimos restos de su antigua pacotilla, con tanta largueza regalada á mi madre durante la luna de miel, nos volvimos á Pernambuco.

Durante esta segunda travesía no chillé tanto como en la primera, porque ya tenía doce años. Pero había sido con tanta frecuencia maltratada por mis padres, en la época de sus infortunios y de sus desgracias, había oído echarme en cara tan duramente mi fealdad, había sido testigo de tantas riñas domésticas, había, en una palabra, según la expresión vulgar, comido tantas veces carne de vaca rabio-

sa, que pasaba con justo motivo por ser bastante huraña.

El Brasil nos fué favorable esta vez; mi madre pudo deshacerse, á su llegada, de su casita de Boa-Vista; entregó el precio de la venta á mi padre, deseoso de dedicarse á un nuevo comercio, á tratante en caballos.

Le salió bien, y pronto reunió cincuenta mil francos. Con tan gran capital no podíamos por menos de hacer en Europa una rápida fortuna, y nos embarcamos para Francia.

*Tercer viaje.*—El hotel de las Indias estaba en venta al llegar al Havre; mis padres le compraron. Ellos debían sentarse en el despacho y ocuparse de los viajeros. A mí se me legaría á la caja, situada en una pieza pequeña, húmeda y oscura. Si me ponían muy á la vista, decía mi padre, asustaría á los viajeros.

Mi madre no los ahuyentaba. Aunque nacida en el Brasil, donde las mujeres envejecen muy pronto, era aún agradable, y mi padre celoso como un tigre. Cuando un viajero, al ajustar su cuenta, se mostraba amable con el ama del hotel, al momento salía el patrón y lanzaba miradas tan terribles que el desgraciado se apresuraba á huir de allí, con la firme intención de buscar, cuando volviese otra

vez, otro hotel más á propósito para los corazones tiernos.

Por su parte, mi padre, aún hermoso á pesar de sus cuarenta y cinco años, era vigilado muy de cerca por su mujer. Si en la buena estación, en la temporada de los baños de mar, llegaba alguna hermosa parisiense y él se apresuraba á conducirla á su habitación, al momento se oía gritar á mi madre: «Estáos aquí, que eso lo hará el camarero.» La viajera, desconcertada, humillada al verse entregada en manos de subalternos, ó sintiéndose herida al creer que sospechaban quería llevarse al señor Lelievre, hacía inmediatamente que llevasen sus maletas al hotel del Almirante.

Este hotel, situado junto al nuestro, nos causó muchos disgustos. Mi padre no se ocupaba de saber cuántos viajeros teníamos que alojar y dar de comer diariamente. Sus cuidados, su pensamiento se dirigían más bien á los clientes de la casa inmediata. Él los contaba, los apuntaba como si fuesen suyos, después de haber inventado mil mañas inútiles para atraerlos á la suya. Por la noche, decía, frotándose las manos:

—El Almirantazgo no ha tenido hoy más que dos huéspedes, y aun esos eran de poca importancia, de diez francos por persona.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"AL FONDO REYER"  
Año. 1825 MONTREY, MEXICO

29753

—Pero, papá, tampoco nosotros hemos tenido más suerte que él—me atrevía yo á decir con mucho miedo,—nosotros no hemos tenido más que tres.

—Uno más, ¡magnífico! El Almirantazgo está hundido. ¡Yo le mato!

Pero fué el señor Lelievre quien se hundió. Bien pronto el número de los clientes del hotel rival aumentó en proporciones serias; al propio tiempo los viajeros fueron cada vez más escasos en el nuestro. Mi padre cayó enfermo, mi madre aldegazaba visiblemente, y llegó un día en que vendimos el hotel de *Las Indias* con treinta mil francos de pérdida.

Volvimos á marcharnos á Pernambuco... como era natural.

*Cuarto viaje.*—De todos los negocios emprendidos por mi padre, el comerciar en caballos brasileños fué el único en que salió bien. Por eso no le empezó de nuevo. No me acuerdo cuál fué el que escogió (¡fueron tantos!) lo único que puedo asegurar es que no fué de los más productivos.

Fué necesario volvernos á Francia al poco tiempo, según nuestra costumbre. Entonces fué cuando tomamos pasaje en el *Sócrates*, y donde mi padre, con esa *sans façon* y esa desenvoltura propia de los viajeros ricos, aca-

baba de arrojar al mar al cocinero del buque.

.....

La condena había sido cumplida. Libre de las esposas, apareció de nuevo mi padre en la toldilla. Mi corazón latía alegremente, pero el estómago protestó: el cocinero sabe ya que su enemigo va á sentarse á la mesa; ¡qué comidas nos va á dar! Diviso en lontananza una nube de cucarachas.

## VI

25 Abril.

Acaba de sucederme una aventura extraña. El suplicio á que mi padre ha sido condenado, ¿habrá conmovido el corazón del segundo del *Sócrates*? Ese oficial, ¿habrá querido demostrarnos su simpatía de un modo indirecto? ¿Es que estaré yo destinada á dulcificar las amarguras del autor de mis días?

Me había instalado después de almorzar en la barca, y cambiaba á cada momento de sitio para evitar los rayos del sol, cuando el segundo llamó á un marinero y le dió orden de que

tendiese por encima de mi cabeza un pedazo de vela á guisa de tienda. Este proceder me conmovió; le sonreí tan graciosamente como yo puedo hacerlo, lo cual podría parecer que le había hecho un gesto, y me deslicé con mi agenda y mis lápices hacia la proa del bote, donde había entonces una sombra hermosa. El oficial echó una ojeada sobre el velamen del *Sócrates*, se orientó convenientemente, rectificó su situación, y después de haber cumplido esos deberes, dirige miradas oblicuas hacia mí; parece vacilar, se decide al fin, y viene á reunirse conmigo bajo la sombra que él me había proporcionado.

Asombrada y conmovida ante aquel honor tan excesivo, detuve mi lápiz, dispuesto á deslizarse sobre el papel y levantando la vista sobre el visitante, le dije, procurando dulcificar lo más posible la voz:

—Qué, ¿ha caído algún otro hombre al mar y se necesita mi despacho para recogerle? Si así fuese, permitidme que me quede sobre el puente; no tengo confianza en este bote como embarcación para que quiera permanecer en él en momentos difíciles.

—Tranquilizáos, señorita—me dijo el segundo algo confuso.—Venía sencillamente á haceros una visita.

—¡Ah! muy bien; sentáos sobre ese cubo, ya que no puedo ofreceros una butaca.

El oficial se turbó, se puso colorado, balbuciente, hizo un esfuerzo supremo, se rehizo por fin, y después de decirme que experimentaba una viva simpatía hacia mí, acabó por hacerme una declaración de amor en toda regla.

¡Una declaración amorosa á mí! Era la primera. Sufrí, es cierto, alguna emoción y la sangre coloreó mi amarillento rostro. Pero no permanecí largo tiempo bajo el dominio de tan agradable impresión; me quedé parada y prorrumpí en una ruidosa carcajada.

Era de mí misma de quien me burlaba, de mí, porque había tomado en serio el que me hablasen de amor. El segundo creyó que me reía de él, y cada vez más desconcertado, pretextando tener que dar órdenes, se marchó corriendo.

Me quedé sola en mi tienda, y reflexioné sobre el suceso que acababa de ocurrirme. No, yo no puedo agradar á ese hombre; no, él no puede quererme. Yo sé demasiado lo que valgo; además de mis padres, muchos espejos me han puesto de manifiesto mi excesiva fealdad. Hablarme de amor es querer que de ella me acuerde y hacerme sufrir.

Ese oficial podía haberlo hecho de buena fe. Una larga travesía le ha hecho perder el sentimiento de la forma y de la belleza; no se acuerda ya de las mujeres que otras veces ha admirado, y se imagina que yo me parezco á ellas. A mí me ayuda su falta de memoria, brillo por la ausencia de... las otras. Si en el *Sócrates* hubiesen venido muchas personas de mi sexo, les daría la preferencia con seguridad. Pero mi madre y yo somos las únicas muestras femeninas que hay á bordo. Mi madre, dura para los enamorados, los desalienta antes de que hablen, y el desgraciado desterrado, el pobre, lleno de amor, ha vuelto sus ojos hacia mí, por falta de otra cosa mejor. ¡Ah! si yo fuese tan tonta que lo escuchase y lo creyese, ¡cuán pronto sus miradas se separarían de mí para seguir á la primera mujer que viese en el muelle en el instante mismo de nuestro desembarco en el Havre! La compararía inmediatamente con la pasajera que trajo á bordo, la encontraría preferible bajo todos aspectos á este mamarracho, y se avergonzaría al momento de su conquista marítima.

Ha contado, sin duda, con mi inexperiencia y mi juventud. ¡Joven inexperta yo! ¡Pobre hombre! Desde hace diez años, á pesar de

que no cuento más que veinte, veo, reflexiono y sufro. Esta es la quinta travesía que hago, y viajando se aprende mucho. He hecho en París, en el Havre, en Río Janeiro, en Pernambuco, la vida de hotel, peligrosa para las inocentes: estaba colocada en los primeros sitios para oír frases muy libres, para sorprender escenas privadas, sí, digo bien, privadas... de moralidad.

La mitad de mi vida la he pasado en el mar, donde la existencia es estrecha, íntima, donde se está encerrado, por decirlo así, en casas de vidrio, que dejan escapar todos sus secretos. ¡Sé bastante, ya lo creo, para mi edad! No se oculta nada en un buque, ni aun delante de una joven. La imaginación está sobreexcitada, los nervios en tensión, y como el fastidio ayuda á ello, para abreviar las horas, se habla, se discute, se emborrachan, se excitan los ánimos, se olvida cada cual de los otros. Las gentes honradas, cuando se establece la calma, se arrepienten de su intemperancia de lengua. Pero el mal está ya hecho; si manifiestan su arrepentimiento á quienes les han escuchado ó visto, no sirve eso sino para dar mayor relieve á sus palabras y para que comenten más.

Desde los ocho á los quince años, mis pa-

dres, para verse libres de mí y no tener siempre delante de sí la fealdad de mi persona, me han dejado en todos los colegios que han encontrado en su camino. He pasado por las manos de institutrices pertenecientes á todas las naciones. Si no tengo que quejarme de la instrucción abigarrada y cosmopolita que me han dado, en cambio, mi educación moral ha sufrido mucho en ello. Existen excelentes colegios de pensionistas, convengo en ello, pero también los hay muy malos. Por economía, mi padre escogió siempre éstos. ¿Quién ha cuidado de mí? Nadie. ¿Quién me ha dicho: «no leas esa obra que es mala para ti?» Los días en el mar son muy largos, las maletas de los viajeros van llenas de novelas. La mayor parte me las prestaron; he querido leer siempre, y al cabo he leído las que más me negaban.

¡Ah! no se me juzgue con severidad. La joven que no se ha separado nunca de su madre, y vivió siempre en un tranquilo bienestar, sin verse sujeta á los peligros de las existencias accidentadas y vagabundas, puede conservar su pristina inocencia y sus impresiones de virgen. No estoy yo en ese caso; yo no he presenciado sino lucha, torbellinos, tempestades; me he visto bruscamente transplan-

tada desde Europa á América, y del nuevo mundo al antiguo. He estado sin cesar en contacto con las pasiones y los vicios de los dos hemisferios.

Una mujer fea está expuesta á perder más fácilmente su inocencia. No se oculta nadie delante de ella tanto como si fuese hermosa; con ella no se cuenta; se la considera como un muchacho, delante del cual puede decirse y ser permitido todo; forma parte de un tercer sexo.

Una mujer guapa, si su hermosura la pone en algún peligro, también la preserva de muchos. Los honores que se la rinden, el culto de que se ve rodeada, las atenciones, los cuidados que se la prodigan, la ocupan, la distraen y bastan á veces para su dicha. La que, por el contrario, se ve abandonada, trata de buscar pasatiempos, peligrosos muchas veces.

La belleza corporal educa el espíritu, depura el carácter, ennoblece el alma. Se quiere permanecer en el pedestal que á ella se eleva, se teme descender de él, y se toma en serio ser diosa. La mujer fea no tiene incensario ninguno á su disposición, y no sabe para qué sirven los pedestales. Por eso marcha al nivel del suelo, en el polvo, en el barro, y muchas veces se mancha.

El segundo del *Sócrates*, ¿merece estas disertaciones? ¿Son indispensables para probarle que he tenido razón para reirme de él en sus barbas? ¿Queréis que os hable con franqueza? Sí, ¿no es eso? Pues muchas gracias.

Pues bien, mis defectos corporales, acerca de los cuales acabo de extenderme, y que me han llevado á hacer tan larga digresión, no son el verdadero motivo de mi indiferencia hacia vos. He razonado vuestra declaración; me he mostrado insensible á vuestras expansiones, sencillamente porque no me agradáis. Sí, caballero, no sois mi tipo. Tengo uno, y dispensadme, lo cual sirve para sentar que tengo mis pretensiones. El hombre que yo ame, si algún día amo, debe ser de estatura mediana, tener un justo medio entre mi padre y mi madre, ya que en ellos me he inspirado siempre.

Debe ser rubio, como mi padre, tener ojos grandes, expresivos y un poco lánguidos, como los de mi madre; yo sueño con uno que sea distinguido, de maneras elegantes, y le quisiera célebre ó en aptitud de serlo. Quisiera que tuviese una voz agradable, dulce al oído, melodiosa. Si cantase, estaría encantada con él; me gusta la música, y pongo un tenor, aunque sea de los más débiles, por en-

cima de todas las Pattis y las Nilssons del mundo.

Ese es mi tipo. Yo creo, señor oficial, que con vuestros cabellos, que parecen un cepillo, vuestros bigotes erizados, vuestros pequeños ojos y vuestra voz ruda...

Vaya, queréis ofrecermé una nueva muestra de ella; gritáis con todas vuestras fuerzas, dais órdenes á derecha y á izquierda. ¿Qué pasa?

Por prudencia yo también me retiro, abandono el bote y me dejo caer en la toldilla, donde estaré más segura.

¿Iremos á naufragar? ¡Hay zafarrancho de combate!

## VII

A bordo del *Sócrates*, en la Mancha, 10 Mayo.

Si no hemos naufragado, ha faltado poco. ¡Qué tiempo, Dios mío, qué tiempo!

Desde hace cinco semanas no he tenido ni una sola vez deseos de tomar mis lápices y mi agenda, ni de entrar en mi despacho. Hubiese

sido difícil; el pobre bote ha sido deshecho por un golpe de mar en la noche del 27 al 28 de Abril.

Volvamos sobre nuestros pasos: el huracán se ha aplacado, la mar está en calma, en comparación de como acaba de estar. El *Sócrates* no se permite esos saltos desordenados, de que yo le creía incapaz, y que me han hecho perder mis últimas ilusiones acerca de él. Hemos entrado ya en el Canal de la Mancha; nuestro capitán acaba de distinguir los Casquetes. Si el viento no nos hace una de esas malas pasadas que acostumbra, mañana podremos desembarcar en el Havre.

Ea, pronto, pongamos al corriente mi cuaderno de Bitácora.

Cuando el segundo, después de hacerme su declaración, se precipitó de un salto fuera de la canoa, supuse que obedecía á un sentimiento de despecho y que huía al verme reír. Pero no era así. Le calumniaba. Los buenos marineros, aun cuando parece que no se ocupan de su buque, tienen siempre un ojo fijo en la maniobra y una mirada en el cielo. Mi enamorado acababa de percibir que una nube, apenas visible una hora antes, se había aproximado á nosotros y podía poner en peligro un navío que marchaba á toda vela sin echar

las barrederas. Se olvidó, pues, de sus proyectos de conquistas é inmoló su corazón á las exigencias de su deber.

Amainadas parte de las velas, ningún hecho extraordinario ocurrió á bordo del barco durante una hora, y no pude prever los sucesos que se preparaban. Aproveché aquellos momentos de espera para escribir mis famosas disertaciones, bruscamente interrumpidas por el zafarrancho de que antes hablé. Me lancé entonces, como ya he dicho, á la toldilla, y con la experiencia adquirida en cinco travesías largas, comprendí que por causa de algún golpe brusco del viento del Nordeste, íbamos á pasar un temporal.

Mis previsiones se cumplieron. Al ponerse el sol, el viento adquirió proporciones alarmanantes, el mar engrosaba terriblemente y comenzamos á danzar, ¡pero de qué modo!... El *Sócrates*, á pesar de su pesadez, parecía un balancín. Por momentos, me preguntaba si no estaba aún sobre la pequeña embarcación en que fui con los dos marineros á recoger al pobre cocinero.

Los días sucesivos fueron más duros aún, los pasamos á palo seco y rizadas las velas que aún llevábamos. El viento no nos era desfavorable, casi seguíamos nuestra ruta, y so-

plaba con tanta furia, que el *Sócrates* andaba seis nudos por hora, como cuando navegábamos con todas nuestras velas desplegadas. Pero el pobre navío sufría tanto que, el segundo me lo ha dicho después, hubiésemos corrido un gran peligro si nos hubiésemos visto obligados á presentar el costado y mantenernos al paio.

No hubo medio, como se comprenderá, de hacer escala en las Azores para tomar allí víveres frescos. No vimos á Flores, donde pensaba bajar á tierra, sino como una nube.

Nos quedamos prudentemente muy lejos de ella por temor de que fuésemos arrojados á la costa. Sin embargo, acaso nunca haya tenido el *Sócrates* tanta necesidad de tomar víveres como entonces. El golpe de mar, que una noche se llevó el bote del buque, barrió la toldilla é hizo desaparecer las jaulas donde iban los pollos y el cochinillo.

Las cotorras de mi padre, con las cuales hubiésemos podido tener alguna cena, fueron á unirse en el fondo del mar con el gallinero del buque. Todos los huevos se rompieron, y durante un día, mi padre pudo gozar en su cámara del espectáculo de una gigantesca tortilla. Se aprovechó la primer calma que hubo para arreglar los desperfectos; pero, unos cuan-

tos minutos después, los quesos de Holada, que estaban abarrotados en unos estantes, rompieron las trabas que los sujetaban, y sin respeto ninguno al autor de mis días, jugaron á los bolos á sus pies, después de haberle hecho muchos chichones en la cabeza.

Tantas calamidades debían acabar de agriar el carácter del señor Lelievre y llevar hasta los últimos límites su irritación permanente. Lejos de eso, se hizo notar por su filosofía; opuso á los golpes adversos de la fortuna, al desencadenamiento de la tempestad, una impasibilidad soberbia, y una frente serena. Sus nervios habían sido vencidos por los elementos: impetuoso, violento, cuando el mar estaba en calma, bajo un cielo puro, estrellado, se aplacaba al presentarse en él la primer nube, desde que el tiempo se hacía amenazador. Acaso reconociera su impotencia para luchar contra las olas, para imponer silencio al gran tumulto de la naturaleza, y por orgullo, por no verse obligado á confesar su debilidad, se hacía él mismo el pequeño.

Era, por otra parte, uno de los efectos naturales que el temporal produce á bordo de un navío; las enemistades, los odios pierden su violencia. Todos los hombres cuya existencia está amenazada comprenden la utilidad de

sacrificar, hasta mejores días, sus intereses privados al interés común de apretarse los unos á los otros, de ser muchos para luchar contra el peligro. Mi madre, temerosa y abatida, no pensaba en lanzar sobre el capitán miradas vengativas. Su vida estaba entre las manos de aquel oficial, y por el pronto olvidaba sus rencores, sin perjuicio de resarcirse más tarde. Mi padre había llegado hasta á hablar con amabilidad al cocinero; llevaba su bondad hasta el extremo de sentir haberle arrojado al mar. En cuanto á mí, hubiese acogido con benevolencia al segundo, si se hubiese permitido hacerme una nueva declaración. Pero éste no tenía miradas más que para el mar y para el cielo; me sacrificaba á la tempestad, en quien tenía yo un rival.

La tempestad, una de las más terribles que hubo en el año de 186..., duró cerca de diez días. Pero si nos hizo padecer bastante, en cambio nos empujó con rapidez hacia las costas de Francia. Por fin, la mar se hizo menos mala al llegar á las islas de la Madera, y algunos días después pudimos ver la entrada del Canal de la Mancha.

Hoy, ya lo dije al empezar, estamos en salvo, y es fácil darse cuenta de esto: mi padre acaba de producir un escándalo con el cocinero;

nero; mi madre ha vuelto la espalda al capitán, y yo, en las barbas del segundo, y volviendo á mis ideas antiguas acerca de él, he prorrumpido en nuevas risotadas. Decididamente no tenemos nada que temer; podemos abandonarnos á nuestros instintos y volver á tener nuestro carácter habitual.

## VIII

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTUREY, METZ

12 Mayo.

¡Qué espectáculo tan magnífico me esperaba al despertar! El piloto está á bordo. Una flotilla de barcas pescadoras pasa á unas cuantas brazas de distancia del *Sócrates*, al cual se dirigen las falúas de Sanidad. Estamos en la gran rada del Havre: al Este, al Norte, al Sur, podemos saludar las costas de Francia, aún brumosas unas y otras iluminadas por el sol saliente. No esperamos más que la marea alta para dirigirnos al muelle y entrar en el puerto. ¿Qué porvenir me estará reservado en esta tierra donde voy á poner los pies por tercera

vez? No puedo considerarla como mi patria: ¿no he nacido en el Brasil? ¿Debo fijar mi residencia en Francia? ¿No me llevará consigo mi familia, en esa vida vagabunda que hace á través de los dos hemisferios?

¿Por qué sentir esa existencia errante? ¿No la debo agradecimiento? ¿No ha sido ella la que ha completado mi educación, depurado mi gusto, desarrollado en mí el sentimiento de lo bello? Bajo climas tan variados, y latitudes tan diversas, he admirado el espectáculo de la Naturaleza en toda su esplendorosa belleza; la mar ha grabado en mi espíritu el recuerdo de cuadros tan maravillosos. ¡Ah! ¡Cuánto la conozco y cuánto la amo! Cuando pienso que muchas gentes la reprochan su monotonía! ¡Monótona, ella! Hoy está en calma, pareciendo una llanura transparente donde se reflejan todas las nubes, las menores tintas del cielo, matizada como un jardín ó una pradera. Mañana es una colina, una montaña que se mueve, abrupta, soberbia. Aumenta desmesuradamente en el horizonte, y después, de repente, furiosa, se lanza al valle, rompe todos los obstáculos, se hunde en el abismo, se eleva hasta tocar las más altas cimas, hace espuma y toma un color blanco que parece una nevera.

¡Monótona! ¡No la habéis visto nunca! Por la mañana, es una dulce queja que viene á espirar en vuestros oídos, y os sentís mecida por uno de esos aires lentos y cadenciosos que, después de haber aplacado el alma, adormecen el pensamiento. Por la tarde su voz asusta. Todos los demás ruidos callan ante ella; la Naturaleza se queda silenciosa por escucharla.

¡Monótona la mar! ¡Pobres gentes! ¡Ah! ¡Cuando no me sea posible verla ni oirla, entonces sí que me rebajaré y seré presa de las mezquinas pasiones que siento crecer dentro de mí. Si los celos, la envidia, el deseo de venganza que he visto desarrollarse ante mi vista, se apoderarán de mi alma y reinarán en ella como soberano! ¡Ea, ea! lejos de mí esos pensamientos; no quiero pensar más que en la dicha de volver á ver verdes praderas, casas, otros seres humanos distintos de los habitantes del *Sócrates*, de poner los pies en tierra firme y no comer más cucarachas.

.....

En general, la llegada del piloto á bordo de un buque que acaba de hacer una larga travesía es un día de fiesta para los pasajeros. Se corre á su encuentro, como si se tratase de un almirante de Francia, girando una

visita de inspección á un buque de guerra. El capitán le tiende las manos, los pasajeros le abruman á preguntas: ¿ha cambiado el Gobierno? Generalmente así es, y se precipitan todos sobre los periódicos que el recién llegado tiene verdadero placer en traer consigo para todos los aficionados á noticias. En el almuerzo y en la comida se bebe la última botella de champagne, que estaba reservada para saludar con ella la llegada á tierra. En una palabra, se le colma de antenciones y de agasajos: ¿no es, por decirlo así, el representante enviado por la patria á los desterrados de ella?

Mi padre fué, sin embargo, de los más reservados con el piloto. Llevó su frialdad hasta el punto de tener una cuestión con él. Le acusaba de haber pasado el día antes á tres millas del *Sócrates*, haber visto perfectamente nuestras señales y de no haberse parado porque quería dar entrada en el puerto á otro buque mayor que el nuestro.

—Sí, ha sido una indignidad—decía el señor Lelievre,—me quejaré al capitán del puerto, y lo publicaré en todos los periódicos. A los pilotos se les paga según el tonelaje del buque; dejan los cascarones de nuez como el *Sócrates* expuestos al furor de las olas, para

ocuparse solamente de los navíos de doscientas toneladas.

El piloto hizo la observación de que no podíamos estar expuestos al furor de las olas, puesto que el día antes todos los buques de vela habían tenido que estar en el Canal de la Mancha por la calma chicha que había.

—¡Pero qué importa, señor, qué importa!—replicó mi padre.—A esa calma podría seguirle una tempestad; eso es cosa sabida.

—¡A quién se lo váis á contar!—contestó el piloto, sin desconcertarse.

Acababa de distinguir la señal que le indicaba podía entrar en el puerto y se apresuró á separarse del señor Lelievre, á pesar del encanto de su conversación, para dar orden de dirigir la proa al muelle del Havre.

13 Mayo.

Al desembarcar tuvimos que ir á la Aduana para que registrasen nuestros doce baúles de equipaje, aparte de algunas maletas y sacos de mano. Llegó un inspector, echó una ojeada de hombre práctico sobre mí y mi familia, le parecimos honrados sin duda, y se contentó con suplicarnos con toda finura que

abriésemos uno solo de nuestros baúles, que señaló.

—No contiene más que ropa de lienzo—dijo mi padre.

—No lo dudo—respondió el empleado de la aduana;—pero haced el favor de abrirle.

—¿Qué, no me creéis?—replicó el señor Lelievre, que comenzaba ya á incomodarse.—Decidlo de una vez: me tomáis por un contrabandista. Esta es la llave; abrid vos, no quiero presenciar esa operación humillante para mi dignidad de hombre.

El oficial abrió, vió que no había en él ningún género prohibido y se dió por satisfecho.

Pero mi padre no; se guardaría bien de estarlo nunca. Empezó á decir que se le habían estropeado las camisas, que el Estado debía planchárselas por su cuenta, y acabó por decir que el baúl se le debía dar cerrado.

El empleado de la Aduana, sin ocuparse de la cuestión del lavado y planchado de las camisas, cerró el baúl en silencio, como mi padre quería, y volviéndose á él, le dijo:

—¿Y los demás?

—¿Cómo?

—¿No son vuestros esos once baúles?

—Sí, son míos.

—Pues abridlos, ó dadme las llaves.

—¿Por qué habéis escogido ese?

—Yo no he escogido ninguno. Quiero verlos todos; tengo derecho á ello.

El señor Lelievre grita, se desespera. Acuden los aduaneros, se apoderan de nuestros equipajes, examinan hasta los últimos rincones de los baúles y nos guardan en su amable sociedad por espacio de dos horas. Lo que á mi padre le puso furioso fué ver que un viajero que llegaba del Perú con veintidós bultos despachó en la Aduana en diez minutos. Es verdad que se le veía con la sonrisa en los labios, y respondía con la mayor amabilidad y finura á las preguntas que le dirigían los empleados.

Aún no habíamos terminado.

—Tened la bondad de entrar en la casilla—dijo á mi padre uno de los de la aduana.

—¿Qué casilla?—exclamó mi padre echando espumarajos por la boca.—¿No hemos sido ya bastante registrados?

—Los equipajes, sí; pero las personas, todavía no.

—¡Y se va á poner la mano sobre mi persona, sobre la persona de mi mujer, sobre la de mi hijo! ¡Y habrá algún hombre que se atreva á hacerlo!

—No tal; estas señoras pasarán á una sala

reservada, donde se hallan las señoras encargadas por la Administración de hacerlo.

—¡Separarme de los míos!—vociferó mi padre, que sintió un amor súbito por su familia.

Pero, á pesar de sus gritos, tuvo que obedecer, y supe después que le habían obligado á desnudarse de pies á cabeza. Con nosotras se mostraron más indulgentes. Mi madre, tan quejosa como su marido de todas aquellas exigencias, fáciles de evitar, disimulaba su enojo, y poniendo una cara sonriente y amable, se atrajo las simpatías de los empleados.

La cólera que experimenta mi padre es sanguínea y ruidosa; la de mi madre es biliosa y concentrada. ¿De qué clase será la cólera que yo sufra? Probablemente un género compuesto de las dos; ya lo he dicho en otra ocasión, los autores de mis días se han olvidado de hacerme á imagen suya, bajo el punto de la belleza corporal; pero sus imperfecciones morales me las han dado todas.

¡Por fin está ya libre mi padre! Puede andar y desentumecer sus piernas, gozar de la dicha de estar en tierra, correr por la plaza de la Mature, adquirir noticias, apretar manos amigas. ¿Y su venganza? Tal vez se crea que la ha olvidado. Coge del brazo á mi madre,

me manda que les siga, y se dirige á casa del armador del *Sócrates* para quejarse de que se le hayan puesto esposas.

## IX

¡Ah, todavía me río! El capitán, que no había perdido como nosotros dos horas en la Aduana, se había dirigido á casa de los propietarios del buque para darles cuenta de lo que había ocurrido en la travesía. Sin duda ninguna les había dado noticias acerca de los pasajeros que traía, porque apenas mi padre se presentó, le pusieron una cara que no indicaba nada bueno.

—Señor—dijo mi padre,—vengo á quejarme...

—Naturalmente—dijo uno de los armadores.

—De haberme puesto esposas.

—Durante dos días, ¿no es eso?

—Sí, dos días.

—Pues ha sido muy poco.

—¡Cómo! ¿no ha sido bastante aún?